

¡Toma Real Madrid!

Javier Domínguez García

Andrés Cazorla, era del Carrizal de Ingenio y desde niño acudía a la zafra del tomate en Vecindario. Cuando empezaba a trabajar en la construcción en el sur, en su casa oía hablar a su padre de Juan Guedes, hijo de un pariente, que se había ido a vivir a Tamaraceite y que jugaba muy bien al fútbol. En una ocasión acudió a un partido de homenaje póstumo al que fuera jugador, Chano Melián, muerto en accidente de circulación, porque Juan Guedes, se alineó en el puesto de Chano con el club de Carrizal. Era la primera vez que vió al espigado medio de la Unión Deportiva. Ya trabajaba en el sur de camarero cuando era fácil conseguir trabajo pues cada vez venía mas turismo y hacía falta personal. Allí estuvo Andrés hasta que le tocó la quinta y no le quedó más remedio que vestir la ropa *caqui*, pues lo mandaron directamente al “Regimiento Canarias 50” en La Isleta.

Allí conoció a Jerónimo, que vivía con su familia en una casa terrera allá arriba, en la calle Angostura cerca del cuartel de Artillería. Le decían "*Momito el Verija*", pues era alto, flaco, *esmirriao*, y nunca se metía con nadie. Era amigo de Agustinito al que le decían "*el tirilla*", que vivía en la calle Palmar, un poco mas abajo, donde estaba "*el parquillo*" de la Iglesia del Carmen.

Estos dos isleteros eran jugadores del Juventud Artesano y religiosamente cada quince días iban al Estadio Insular a ver jugar a la Unión Deportiva Las Palmas, porque les regalaban las entradas para la grada de *Fedora* o del "*morro*", como seguían llamando la gente de la Isleta a la grada de general de la calle Pío XII. Andrés los había conocido en el cuartel y fue con ellos la primera vez al Estadio Insular a ver a la Unión Deportiva, que era un equipo que jugaba muy bien ante los grandes clubes

de Primera División, con Juan Guedes como figura. Cuando había partido no se iba a Carrizal y se quedaba en la casa de Jeromito en un cuarto en la azotea, junto a un gallinero y acompañado del canto de los pájaros del padre. Desde las cinco de la tarde de los sábados, y siempre con el mismo recorrido, salían del "*parquillo*", camino al Estadio para llegar con una asombrosa puntualidad a los comienzos de los partidos a las ocho y media. Primero iban directos al Mercado del Puerto a merendar con churros y café con leche, y luego cogían la *guagua* y se bajaban en la esquina del Bar de "*los mauros*" en las Alcaravaneras.

En los días de fútbol, en el acceso al Estadio un reguero de gente subía la calle Manuel Gonzalez Martín, hasta el viejo *coliseo*, y al término del partido, bajaban hacia las paradas de la *guagua* en la "*carretera*" del Puerto. Miles de aficionados del equipo amarillo se juntaban cantando y ondeando banderas. Los alrededores del campo eran una enorme zona peatonal repleta de puestos donde se vendían pipas, *jareas* y calamar seco, bebidas y chicles. En el "Bar Vigo", muchos aficionados entraban a refrescar el gaznate, y para conversar, discutir

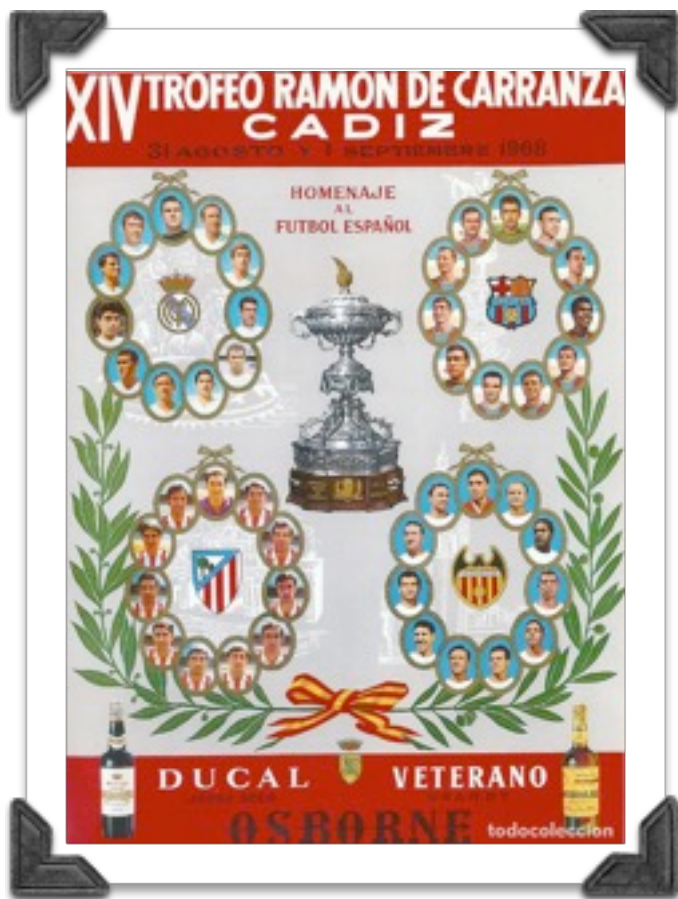


o “vacilar” si era preciso, con los propietarios, dos hermanos gallegos, Toño y Lolo, que eran muy fanáticos seguidores del Real Madrid y siempre estaban dispuestos a conversar mientras despachaban tapas y bebidas. En las paredes del bar podían verse un cuadro del Real Madrid con las copas del “Trofeo Carranza”, que Toño había conseguido en Cádiz, a la vuelta de sus viajes veraniegos, con coche y toda la familia, a su Galicia natal, y otro cuadro, en que DiStéfano posaba con las cinco Copas de Europa. El bar poco a poco se iba llenando. No había sitio en la barra y la variopinta clientela de empleados, estudiantes, profesionales y algunos intelectuales, salía por sus puertas a beber en la calle.

Aquél sábado era un día señalado, porque la U.D. Las Palmas, que venía de un sonado triunfo en el Campo del Manzanares ante el Atlético de Madrid, disputaba contra el Real Madrid, continuar con

el liderato de Primera División. Los tres amigos pidieron un “biberón” de cerveza “Tropical” como preámbulo de unos cubalibres con rones “Carta de oro”, observando la ceremonia ritual de la quema de pejines que realizaban los gallegos con mucho estilo, emulando una *queimada* de su lejana tierra en Orense.

Los muchachos, comentaban las incidencias del partido que iban a ver en el Estadio. Durante el largo periodo de la consumición de los “cubalibres”, la ofensiva de los *aborígenes* sobre los hermanos gallegos era de lo más entusiasta. Bromas, chistes y apuestas sobre el resultado. Toño se subió a un cajón de *Coca-Cola* y encendió la radio donde se oía la voz de Segundo Almeida anticipando las alineaciones y los previos al emocionante partido. Los parroquianos subidos en las altos taburetes degustaban las tapas de pulpo y los bocadillos de calamares que no paraban de despacharse mientras los vasos se llenaban de ron o *wiskis* como “*arrancadillas*”, antes de apresurarse a ir a coger puesto, pues el lleno era de los de hasta la bandera.



En la calle, se veían *carrillos* con pulpos y calamares secos, que encima de unas brasas de carbón de madera daban un olor característico. A Andrés le gustaba chupar una pata de calamar seco y quedarse con el sabor durante todo el partido, pues calmaba sus nervios mascándolo como un chicle.

Nada más entraron al campo se encontraron en la grada a Manolo “*el Pipi*”, con su banderola azul y amarilla, su gorro de igual colorido y su terrible trompeta. El Estadio Insular vibraba de entusiasmo cuando “*el Pipi*”, sacaba su poderosa voz ronca y entonaba las primeras líneas del “*Riqui-Raca*” y a continuación, hacía sonar su trompeta, como sirena de un barco que se acercaba al Puerto de La Luz. Entonces estallaba una exaltación de la canariedad y a los nacidos y criados con *gofito de millo*, se les ponía la carne de gallina y todos, plenos de entusiasmo, cuando saltaba al campo el once amarillo formaban un estruendo de gritos, tracas, voladores y cánticos de ánimo “*arriba d'ellos*”.

Los muchachos amarillos, contagiados en el campo, exhibían entonces las mejores esencias del tarro de valores futbolísticos que poseían. Empieza el partido y a los pocos minutos la cosa terminó indefectiblemente, en “¡*gooooooooo!*”. En la grada *Fedora* los tres amigos saltaron de alegría con los goles de Guedes primero, y León en pocos minutos después. El Madrid, encajonado en su área

defendiéndose, salvado de mas goles por las grandes paradas de Betancort. Emocionados se abrazaban ellos y el resto de asistentes en las gradas.

Pero siempre gozó de buena suerte el equipo merengue en el Insular. Y en aquel partido volvieron a tenerla. Tras el 2-0 canario, marcan los blancos el 2-1 cuando concluía el primer tiempo. Un gol psicológico poco antes del descanso que no merecían, tras el vibrante y espectacular juego de los amarillos.

Empezando el segundo tiempo, vino el gol de Velázquez que era el del empate que enmudeció a las gradas. Enseguida vino el 2-3 de penalti, que marca Gento de un *pipanazo* que no ve pasar Oregui.

Cuando la desilusión invadía la grada, acontece el momento culminante al señalar el árbitro penalti a favor de Las Palmas. No estaba Germán, el especialista en los castigos. ¿Quién lo tira?. Se preguntan los aficionados.

Miran al banquillo los jugadores y Castellano decidido coge el balón, lo coloca en el punto fatídico, retrocede y mira a Betancort. Dispara un potente tiro que se eleva por encima del larguero en la grada de *Fedora* y se van al traste las ilusiones de los isleños. Decepción, lloros, cabreos, pitos, y en ese desconcierto, marca el Madrid el cuarto y acaba el disputado encuentro.

Cuando todo parecía terminado y muchos ya comenzaban a marcharse del Estadio, los tres amigos no tenían humor para articular las palabras que ya habían repetido una y otra vez, y que no iban a comprender porqué otra vez la mala suerte contra el Madrid. En el fondo, sólo era un partido y la Unión Deportiva Las Palmas continuaría estando ahí, y seguiría contando con su apoyo aunque fuera colista de la cuarta regional, pero la pena no se iba a quitar fácilmente.

Los aficionados tristes al no poder empatar ante el odiado rival, a pesar de los merecimientos por el juego realizado, se desparramaban por las calles de las Alcaravaneras con el lamento de la derrota innmerecida. El error de Castellano había hundido el orgullo de ser en fútbol, los mejores de España, con un equipo netamente canario, una ilusión de la que estaban convencidos los miles de seguidores amarillos. Muchos pensaron que su entrenador, reconocido madridista, había traicionado a los canarios, antimadridistas de toda la vida, debido principalmente a los favores arbitrales otorgados al equipo blanco, mirado como “*el equipo del Gobierno*”, donde Bernabéu, que aunque no

era Franco, se le parecía en algunas cosas, no iba a permitir a su “*hexacampeón*” estar por debajo de un equipo formado por unos *aborígenes*, flacos y morenos, de las lejanas Canarias.

En la puerta del Estadio eran muchos los que esperaron la salida de los jugadores y de Molowny, al que algunos le increpaban diciendo:

¡Era lo que querías, era lo que querías!
¡Vendido madridista!

La multitud iba silenciosa, cabizbajos, en grupos de dos o tres personas, cual sentido duelo, enfilando hacia el Puerto o subiendo por el Paseo de Chil. Momo, Agustín y Andrés se preguntaban sobre el penalti fallado. ¿Y porqué no lo tiró Guedes?, comentaba Andrés; o hasta el mismo Tonono que tiene más toque y lo hubiera colocado, le decía Momo. Con pena y dolor se fueron a tomar la última copa para compartir sus cuitas. Volvieron al mismo bar donde habían estado anteriormente, uno de los pocos abiertos en la triste noche capitalina. Encendieron sus cigarrros



Los hermanos gallegos Lolo y Toño, de pié a la izquierda con los tres amigos del cuento

“*Krüger*” y se sentaron en las altas butacas de la barra.

El gallego, rebotante de alegría por el triunfo del Real Madrid, les restregaba la victoria en su misma cara.

¿Y ustedes pensaban que iban a ganar al Madrid? .¡Ja,ja,ja...Ilusos!. Venga ¿Que van a tomar para quitar la pena?.

¡Cállate gallego! y pon unos cubalibres, le dijo Momo. Entonces Andrés pregunta: ¿Toño, tienes una pella de gofio? . Aquí no tenemos pellas de gofio, contestó.

Andrés salió y se acercó a otro bar un poco mas arriba, donde los días de partido hacían sancochos. Ya el dueño estaba cerrando cuando le preguntó ¿Tiene pellas? .

Si, creo que todavía me queda algo ahí amasado del sancocho.



Pues, póngamelo. ¿Cuanto es?. Dame quince pesetas.

Cogió Andrés el gofio y con sus manos fue haciendo una bola maciza en el camino de retorno. Una hermosa pella. Volvió al Bar Vigo donde sus amigos eran los únicos que quedaban. Ya les apuraban para cerrar. Entonces Andrés, que tenía su ron en la barra, tomó posición delante del cuadro de DiStefano con las Copas de Europa, que junto al de las copas “*Carranza*” presidían una pared. Con la vista clavada y con la mayor rabia contenida, ante la mirada de sus amigos, lanzó la pella de gofio a la misma cara de DiStefano al grito de:

¡Toma Real Madrid!

El gallego sorprendido, cogió un escobillón para darle, pero Andrés, salió raudo del bar hacia la carretera del Puerto. Al volver el rostro, vió como sus dos amigos discutían en la puerta con los dueños.

La calle guardaba un silencio que permitía escuchar los pasitos apurados de un perro vagabundo en busca de su cena con los restos de la pella tirados por el suelo.